Enciclopedia Musical

Año I. — Núm. 2.° | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Basea, 17, 1.°, Barcelona. | 29 de Febrero de 1884

SUMARIO:

TEXTO: Los amores de Bellini (conclusión), por *D. Antonio Peña y Goñi*.—Nuestros grabados.—Como se cantaba ayer y como se canta hoy, por *D. José de Olave y Alonso*.—El rancho de los Guisaches, poesía por *D. José Zorrilla*.—En el ensayo, por *D. Eduardo Bertrán Rubio*.—Noticias.—Publicaciones recibidas.

GRABADOS:

Duo.—Fantasía de flauta.—La Cantadora.—Canción de año nuevo.

LOS AMORES DE BELLINI.

(Conclusión.)

En Marzo de 1829, concluía una carta escrita á Florimo, con estas palabras:

—Contéstame en seguida y háblame de Magdalena. ¿Querrás creerlo? veo que no la he olvidado todavía por cómpleto. Ah! mujeres, mujeres! Adios.....

La última exclamación del maestro, está perfectamente justificada y sinó, véase lo que entre otras cosas escribía á Florimo en fecha 30 de Junio de 1828, es decir, antes de haber trazado las líneas qué terminan la carta anterior:

—Siempre me estás pinchando con mis nuevos ó no nuevos amores y no sé si es ganas de jugar, ó alguno que te dice tonterías. Desde hace más de un año que estoy en Milán, han dicho y repetido y pasado revista á todas las mujeres que veo, diciendo que las hago la corte y luego se han convencido de lo contrario. No niego que haya hecho alguna pequeña escapatoria, pero cosa ligera, de poca duración y que pueden darse por olvidadas. Ahora, sin embargo, me gusta una preciosa mujercita (*donnina*) y no sé cómo acabará esto. Ella parece que me quiere, pero yo lo estoy pensando bien antes de dar el primer paso. Está ya casada y tiene veinticinco años y no lo sé por ella sinó por la Sra. Pollini que la conoce. De esta intriga te hablaré algo, si va en progresión tan veloz como ha crecido en pocos días. Dame tu parecer, aunque este amor no es todavía fijo, estando en su comienzo y quién sabe si desaparecerá antes de que recibas esta carta. Ella está ahora fuera de Milán y quizá permanecerá ausente un mes, pero por lo regular, vive en el campo. En otra te diré lo que me ocurra de nuevo, y así estarás enterado de todas mis pe-

DUO.

Biblioteca Nacional de España

queñas correrías y quizá de alguna grande que pueda sobrevenir....

La señora de los pensamientos de Bellini era cierta Giuditta T... con quien no tardó el maestro en unirse amorosamente, como se desprende de los siguientes párrafos de la carta escrita á Florimo, con fecha 20 de Setiembre de aquel mismo año:

—Recuerdo que en algunas cartas te he hablado de cierto amor naciente, contestando á una tuya en que mostrabas curiosidad y te quejabas porque no te ponía al corriente de estos asuntos. Ya te dije que me habían ocurrido ciertos pasajeros accidentes y que uno de ellos podía llegar á ser serio. No me has contestado nada respecto al particular, y como no quiero ocultar nada á mi mejor amigo, te diré que desde hace días la señorita (*sic*) se halla aquí y que estamos en perfecta armonía sobre todo cuanto puede desearse de una amante. En otra mía, te hablaré de esta aventura, que puede, por esta vez, ser duradera, porque se trata de un corazón que no está gastado....

Algunos días después, el 27 de Setiembre, Bellini decía á su cariñoso amigo:

—Oye ahora lo que tengo que decirte con respecto á mis amores, porque creo que estos te alarmarán, pero no tengas cuidado, porque no siendo con chiquillas, no pueden hacer perder la cabeza.

Cuando vine á Milán el año pasado, después de haber conocido á varias personas, empecé á ser muy bien acogido y tuve relaciones amorosas, pero de corta duración, porque tú que conoces mi naturaleza, sabes que busco el sentimiento unido á la sensualidad y como en varias mujeres ví que dominaba lo último, bastó esto para que abandonase á todas, permaneciendo, sin embargo, amigo.

Esta vida de dejar una para tomar otra, duró hasta que fuí á Génova donde conocí á mi presente amiga, de la cual la Pollini me había hablado mucho. Es joven, bella, amable y de una dulzura de carácter que enamora. En Génova me presentó á ella la marquesa L.... y me acogió con tanta bondad que desde entonces me gustó mucho, pero el motivo que me hizo cobrar por ella mayor interés fué que dos días después de haberle yo sido presentado, fuí á hacerla la primera visita á su casa donde estaba en compañía de un hermano, única persona que la acompaña en sus viajes, porque su marido está siempre ocupado con los negocios. Al entrar y verme se puso roja como la escarlata y yo me encontré sorprendido y encantado con este fenómeno y por esa razón me vino á las mientes amarla. En los días sucesivos, seguí visitándola, cuando unos fuertes dolores la obligaron á quedarse en cama y yo aproveché la enfermedad para demostrarla mi amorosa premura, haciéndola compañía durante días enteros. Y así hubo horas en que me encontré solo con ella y ya sabes como se deslizan las palabras, sin darse uno cuenta, en ciertas ocasiones. En fin, que nos declaramos enamorados, pero ella dudaba mucho de mi constancia porque yo tenía que andar siempre de un punto á otro y ella no podía venir á Milán.... Con que todo hace creer que me quiere de veras; mi espíritu está tranquilo y el asunto va siendo serio. En fin, estamos en perfecta armonía y soy un amante feliz. Querido Florimo; ya sabes tú que tengo la debilidad de enamorarme locamente....

¡Pobre Magdalena! Pero prosigamos. ¿Cuánto tiempo duraron las relaciones de Bellini con Giuditta? Pocos años.

Con fecha 11 de Marzo de 1834, el maestro escribe desde París á Florimo:

—Me amenazan siempre de Milán, que Giuditta va á venir á París; pero todavía no ha contestado á las cartas que he escrito á la condesa Martini y que creo producirán efecto. De otra suerte, me marcharé de París, porque no quiero verme en el caso de reanudar unas relaciones que me han proporcionado grandes, pero muy grandes disgustos...

¿Qué disgustos fueron esos? Lo ignoro y ninguna mención hace de ellos Bellini en su correspondencia inédita, pero debieron ser considerables, porque en carta del 5 de Agosto, el maestro escribe:

—De Giuditta no tengo más noticias; te juro que la recuerdo con pesar y veo que no la he olvidado ni poco, ni mucho, pero me asusta la idea de reanudar de nuevo mis relaciones con ella...

Los párrafos de la carta de 30 de Noviembre, referentes á las vicisitudes amorosas de Bellini, no tiene desperdicio y muestran al desnudo el carácter versátil y despreocupado del gran maestro cuyo genio artístico era, por fortuna, entonces lo más constante y seguro.

Dicen así:

—Mi pensamiento fijo, es buscar esposa. Me hablas de aquella *inglesa*, pero después de las declaraciones que la hice, ha observado una conducta estravagante y curiosa. Es cierto que me dijo siempre que, como yo, sentía por el momento amistad y estima por mí, pero siempre que me era posible ir á visitarla, me encontraba con que estaba ausente y otras cosas de este género. Además me pareció bastante fría. Se mostraba, sin embargo, siempre cariñosa, pero ¿qué quieres? no podría jamás sentir amor por ella. Soy á pesar de todo muy amigo suyo y de la familia, aunque no los veo hace cuatro meses, porque están en el campo. Y, para que lo sepas, hay dos grandes dificultades. La primera es que no sé si se han arreglado con su hermano que quería darles 150.000 francos contantes á cada una, en vez de los 12,500 anuales de renta que les da. Y ya comprenderás que 150,000 francos sin amarla, son poca cosa. La segunda, que es la principal, consiste en que la joven tiene ya 25 ó 26 años, edad en que si por desgracia, no me quiere entrañablemente, no la permitirá plegarse á cualquier sistema mío, tanto de obra, como de sentimiento. En una palabra, no siento inclinaciones hacia esa unión. He renunciado á ella por ahora; quizá renazca el deseo más tarde, pero lo creo difícil! Espero que á nadie darás cuenta de estas tonterías mías matrimoniales, porque harías reir á todos, como casi me río yo mismo con frecuencia. Una señora anciana, la baronesa Sillingen, quiere casarme con una niña de diez y ocho años que me dice es bastante bonita y tiene una buena fortuna: dos ó trescientos mil francos de dote. Es hija única y no está ahora en París, sinó en Roma con su padre y su madre, porque su padre es el célebre pintor Horace Vernet que llegará á París á fines de Enero próximo. He confiado esta broma á Gréville para ver si había conocido á la niña. Me ha dicho que la conoció en Roma y que es bonitísima, especialmente la cabecita que se parece á la Madonna Laura de Canova; que está, además, bien educada, conoce la música, el dibujo y las lenguas perfectamente; que, en una palabra, si la dote no es menos de 200,000 francos, me aconseja que contraiga tal unión, porque poseería á una mujer recomendable como gracia, como talento y todavía más como carácter, pues manifiesta un temperamento óptimo y una dulzura sin igual. Las informaciones de Gréville, hacen que lo que yo creía broma, lo conceptúe ahora factible, y me encuentro en el caso de obedecer á la baronesa á quien colmará de alegría ese matrimonio porque me quiere mucho y quiere también, según me dice, á la muchacha. Ahora, mi plan es el siguiente: Contrayendo la unión con una mujer cuyo dote me coloque en cierto estado de independencia, puedo quedarme en París y escribir para el *Grand Opéra* y también para *l'Opéra Comique*, empleando en cada ópera el tiempo que quiera, porque no necesitaría ganancias precipitadas para ir viviendo. Además, el tener una muchacha guapa y bien educada, me impedirá entrar en relaciones con otras mujeres y así me libraré de contínuos rencores. En cuanto á mi mujer (en el caso en que también ella tuviera ganas de coquetear) soy el dueño, recibiré á quien me parezca, la llevaré á viajar, si tengo esa idea, etc., etc. Creo, sin embargo, que no me veré obligado á nada de eso; me conozco y si me caso con una mujer agradable de alma y de cuerpo y buena al mismo tiempo, creo que seré un compañero afectuosísimo. Las mujeres, ahora, sin excepción, no faltan á sus maridos, sinó cuando estos las descuidan. Conque, por ahora, me figuro una felicidad; podrá ser que dure tanto como la que me formaba con la *inglesita*, y en ese caso, mejor. Yo soy así; amo á la mujer con la cual no tengo proyectos de casarme, y me aburre cuando tal proyecto aparece. Si dura esta impresión, de seguro no me caso nunca. *Amen*...

Como se observará fácilmente, Bellini, en cuestión de mujeres, podía ostentar con justicia, el célebre lema del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*. Oigámosle, algunos meses después:

—Sabes que deseo contraer matrimonio para ser independiente; me bastarían doscientos mil francos de dote. Los había encontrado en una joven de diez y ocho años (1) enamorada de mí, pero yo no de ella, porque observé que su carácter era diabólico, vivo é imperioso. Te he hablado yo una vez de cierta señora Baronesa... (2) Esta viejecita me quiere con locura. Si hubiese dependido de ella, me hubiera hecho contraer matrimonio con una hija suya adoptiva, á la cual su marido dará dos ó tres millones de dote. Pero la niña tiene trece años y está educada con demasiada elegancia, capaz de hacerle perder á uno la cabeza, si su temperamento se vuelve despótico, como todo hace presumirlo. Pero yo jamás he pensado en esos castillos en España ó en el aire, como suele decirse. La Baronesa tiene una sobrina, joven de diez y ocho años, buena y bien educada, cuyos padres carecen de dinero, á causa de los vicios del padre. Esta muchacha es hija de la hermana de la Baronesa, y ésta la adora, y como me adora también á mí, quisiera casarnos para adorarnos á los dos en uno. Pero la Baronesa sabe que no tengo un cuarto y no quiero comprometer mi actual y feliz situación con un casamiento pobre. Ella está persuadida de esto y como nada puede hacer en los asuntos de su casa, está tratando de convencer al marido para que dote á su sobrina en doscientos mil francos, es decir, darle diez mil francos anuales hasta su muerte, y después el capital de doscientos mil. Su marido hubiera consentido ya, pero teme que yo, que pertenezco á la gente de teatro, lleve á su casa á todos los cantantes del mundo, ó me enamore de todas las tiples que, según él, son los seres más seductores del infierno. Este es el estado de todos mis planes. La chica me parece buena, no coqueta y quizá sería la mujer que conviene á mi vida tranquila de compositor. Y luego, tener parientes ricos, no es malo. En fin, la encuentro simpática, no muy hermosa, y si nos amamos y llego á casarme, será un bien para ella, porque, estando algo delicada el matrimonio podrá favorecer mucho á su salud. Se llama Amelia. Este verano iré á vivir junto á ellos en el campo... Esos son todos mis planes que deseabas saber y que te escribo bromeando porque son como fantasmas que pasan por mi mente y se fijan en la pluma. Por lo demás si la cosa sucede, será mejor y si fracasa, importará poco...

¡Giuditta, la inglesita, la hija de Vernet, Amelia! ¿Qué hacía en tanto Magdalena? ¡Desdichada! Morir lentamente devorada por la melancolía. La pasión de ánimo se había apoderado

(1) La hija de Vernet.
(2) La Baronesa de Sillingen.

Biblioteca Nacional de España

de la pobre abandonada, y fué poco á poco minando su existencia hasta llevarla al sepulcro.

Bellini, en tanto, era el hombre á la moda en París, merced al triunfo colosal de *Los Puritanos*, cuando de pronto, recibió una carta de Florimo en que le participaba la muerte de Magdalena, remitiéndole al propio tiempo, una romanza que á la memoria de la infortunada, había compuesto el mismo Florimo, sobre una poesía de Morelli titulada *Due speranze*.

La última octava de esta composición puesta en boca de Magdalena por el poeta decía:

Misera! e vivo?.. in tenebre
Di morte omai mi avvolgo:
Uomo fatale, ascoltami:
Altra speranza io volgo:
Se all' urna un mesto canto
Da te s' innalzerá,
Eternamente pianto
Il fato mio sará.

Reproduzco esta octava porque es necesaria para la inteligencia de la carta que Bellini escribió á Florimo, contestando á la en que este le anunciaba la triste nueva.

La carta del autor de *Norma* es en extremo conmovedora. El final de la potsdata hiela la sangre. En toda ella se revela el alma de Bellini rebosando tiernísima sensibilidad.

Héla aquí:

París 7 de Junio de 1835.

Queridísimo Florimo: La prematura muerte de la pobre Magdalena, me ha traspasado el corazón, y la sensación que la infausta noticia ha producido en mi alma, es más fácil de imaginar que de describir. Leyendo tu carta he llorado amargamente la pérdida. ¡Cuántas cosas pasadas se han agolpado á mi mente! ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas promesas! ¡Cuántas esperanzas! ¡Cuán pasajero es todo en este mundo de fantasmagoría! Que Dios reciba su alma hermosa en su eterna gloria; la tierra no era digna de poseerla.

Las poesías que has hecho escribir para la triste circunstancia y que has vestido de tristísima música, me gustan mucho las dos, y á juzgar por las lágrimas que he derramado, leyéndolas, veo que mi ulcerado corazón es susceptible, si no de amar, al menos de sufrir... ¡Basta! No quiero afligirte demasiado; manda escribir para mí una poesía al mismo autor de *Le due speranze*, análoga á la rara virtud y ternura de Magdalena. Yo la pondré música y así obedeceré con gusto á quien para ella desea un Canto mío dedicado á su memoria. Haz que la poesía sea una respuesta á *Le due speranze* y que yo hable á su bellísima alma. Adiós, querido Florimo; la pluma cae de mi mano y las lágrimas me impiden continuar.

BELLINI.

P. D. Aturdido como estaba, olvidé sobre la mesa esta carta escrita ayer. Voy á llevarla yo mismo al correo, y te añado como potsdata que la funesta muerte de Magdalena, caída como rayo del cielo, que parece conjurarse contra mí, me ha oscurecido el corazón henchido de lágrimas, y me ha hecho volverme triste, profundamente triste!! Desde hace días una lúgubre idea me persigue y temo revelártela. Pero héla aquí. No te asustes. Me parece, y te lo digo con terror, que dentro de poco tiempo seguiré al sepulcro á la infeliz que ya no existe y que en otro tiempo amé tanto. ¡Que se desvanezca el infausto augurio! No estimes pueriles estos temores míos; mi naturaleza es así. ¿Qué quieres? Tenme lástima ó compadéceme si te parece mejor, querido Florimo. Adiós!

El inmortal y desventurado creador de tantas melodías geniales, no se engañaba, por desgracia. Pocos días después de escrita la carta anterior, sentía los ataques de una inflamación intestinal que en Milán, años antes, había puesto en peligro su vida, y el día 23 de Setiembre de 1835, Bellini espiraba en Puteaux, cerca de París, á los treinta y dos años de edad. Magdalena le había precedido de algunos meses en la tumba. La contestación á la poesía *Le due speranze*, no llegó á tiempo. Quizá el alma de Bellini contestó á la de su amada, en un mundo mejor.

Un detalle para terminar. Al saber la muerte de Bellini, María Malibrán escribió á Florimo una carta conmovedora que concluía con la siguiente potsdata:

—Este fatalísimo día 23 de Setiembre será un día funesto y de tristísima memoria en los anales del Teatro Italiano!!!

El 23 de Setiembre de 1836, un año, día por día, después de la muerte del cisne de Catania, María Malibrán, la incomparable Desdémona, la maravillosa Amina, la intérprete sin rival de Rossini y de Bellini, moría en Manchester, á consecuenca de una caída de caballo.

* * *

Heine se equivocaba al creer á Bellini incapaz de inspirar una gran pasión. Ya lo han visto los lectores. Víctima de esa pasión fué Magdalena Fumaroli cuya triste historia acabo de contar. Pero á esa víctima inocente del hombre, hay que agregar las innumerables que el artista ha producido con sus celestiales melodías. Y entre estas víctimas tiene á gala contarse, el humilde rapsoda, autor de las presentes líneas.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid y Diciembre 1883.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

DUO.

El pobre aprendiz emplea sus ratos de descanso para dar libre curso á sus espansiones musicales, pero como á más del trabajo ordinario tiene encomendados mil y mil quehaceres domésticos, uno de ellos el de ser el guardián del chiquillo de sus amos: embebido en sus estudios no repara en que el niño se ha tumbado de su carrito y que por ello llora á más y mejor. Sin duda cree el aprendiz que el niño como otras veces, concluirá por dormirse al són de su flauta y le dejará concluír á solo este discordante duo.

FANTASÍA DE FLAUTA.

El sitio, de suyo poético, se presta para lanzar al aire los sones armoniosos de una bien tocada flauta, pero en la fija atención mostrada por el joven músico, se ve que la fantasía empezada es sólo para hallar una realidad que desea ver aparecer en forma de enamorada doncella, pues el sitio se presta igualmente para una anhelada cita de amor.

LA CANTADORA.

De sobremesa se improvisa un concierto casero, ya que en la reunión se encuentra una graciosa cantadora y un violinista para acompañarla. Encaramada la *artista* sobre una mesa hace las delicias de los contertulios, quienes admiran á la par su voz y su donaire.

CANCIÓN DE AÑO NUEVO

EN LA CATEDRAL DE STRASBURGO EN 1789.

Este grabado, copia de uno de la época firmado por E. Guerin, en lo sobrio de la composición, en la expresiva actitud de las figuras y en la corrección de líneas indica el feliz desarrollo que su autor supo dar á este cuadro lleno de vida y expresión.

DE COMO SE CANTABA AYER Y COMO SE CANTA HOY.

DESCONOCER que el siglo sucesor del décimo octavo debe llamarse el de los adelantos y de las grandes empresas, idea es que á nadie seguramente habrá de ocurrírsele si de la cabal razón se halla disfrutando y completos tiene sus sentidos todos. Las ciencias lo mismo que las artes, desde la industria hasta las más abstractas concepciones de la filosofía, las diversas manifestaciones de la inteligencia sometidas se hallan al impulso incesante del siglo que en sus primeros años llamose de las luces y ahora que caminando va á las postrimerías de su existencia, se denomina áun cuando no tenga títulos suficientes para ello, siglo de la electricidad y revélanse á nuestro asombrado espíritu en continua trasformación, en evolución incesante hacia la mayor simplicidad y perfección. Estos adelantos, las predichas trasformaciones invaden como dicho queda los terrenos todos y las artes mismas no consiguen librarse á modificaciones tales siquiera no sean estas de tal naturaleza que á colocarlas vengan en situación más positivamente revelante, sinó que el resultado, á las veces, sea contraproducente en la verdadera acepción de la palabra.

El arte del canto resiéntese hoy bien á las claras de lo que precedentemente dejamos expuesto y con perfecta justicia asegurarse puede que su decadencia alcanza en la actualidad un límite extremado, siendo materialmente no otra cosa que palidísimo reflejo del esplendoroso estado que á fines del anterior siglo y áun en los comienzos del presente llegó á alcanzar. Hace cuarenta ó cincuenta años la profesión de cantante era, á no dudarlo, infinitamente más penosa y difícil de lo que hoy es. Los artistas de la escuela italiana hacían su carrera á fuerza de un estudio constante que sosteniéndose con asiduidad venía, durante años y años, siendo cosa ordinaria por demás ver á un tenor que dueño absoluto de la escena se hacía por cuarenta ó más años, sin que en tan largo espacio de tiempo hubiera de perder la voz la más pequeña de sus cualidades sin que dejara de conservarse tan pura y equilibrada como podía haberse encontrado en los primeros tiempos de su vida artística. Sabido es que Rubini, el gran tenor, último representante puede decirse, de la escuela italiana, recorriendo estuvo la capitales todas de Europa, por espacio de treinta y cuatro años, sin que el gasto de facultades que necesariamente había de ocasionar trabajo tan penoso y sostenido, diera por resultado alterar la voz en la menor de sus cualidades, conservándose por el contrario esta hasta el último momento con la pureza toda y con la admirable flexibilidad que hacían de ella la sin rival entre todas. Lablache, el famoso artista compañero de Rubini, cuando de este hablaba espresaba su admiración diciendo: «Veinticuatro años hace que canto con Rubini; en todo este tiempo yo no recuerdo haber sorprendido la más pequeña falta en su voz. Jamás le he oído dar un gallo.» Hoy con verdadera dificultad, podría decirse de nuestros cantantes cosa parecida.

Los antiguos, con voces más ó menos excelentes, conservaban durante largo tiempo sus facultades y el secreto de la que hoy parece tan admirable propiedad consistía ¿en qué? Solamente en la manera de emitir el sonido; en la esmeradísima educación á que sus voces se habian sometido. Unicamente de este modo, eran dueños absolutos de su órgano vocal pudiendo disponer de él sin temor de que les hiciera traición en cualquier momento y en más de una ocasión, el arte suplía, decimos mal, el arte, á crear venía facultades negadas por la naturaleza á un artista, haciendo de quien sólo contaba con una voz llena de inmensos defectos, un gran cantante.

¿Qué ejemplo más convincente puede citarse en apoyo de lo que acabamos de decir que el marcado antagonismo, que la verdadera lucha suscitada en los buenos tiempos del Real teatro de la Villa y Corte de Madrid entre el por tantos motivos célebre Ronconi de una parte, y el no menos famoso Tormes de la otra? Dotado este último de facultades naturales inmensas, con una tan potente voz que causaba verdadera molestia á los colocados en las más próximas localidades al escenario, en sí mismo confiaba para obtener completa victoria sobre Ronconi, cuya defectuosísima voz obligábale á cantar las primeras notas en sus salidas á escena evitando cuanto le era posible colocarse de frente al público por la inseguridad notable con que entonaba constantemente los primeros compases. La lucha pues entre el arte y la naturaleza era por demás reñida. El duo de *Los Puritanos*, la brillantísima y apasionadora página de Bellini, en la que la libertad es invocada ardientemente contra el poder de los Stuardos, el campo elegido para justar la lid. Cantó Tormes su andante con brillantez suma; siguiole Ronconi, haciéndolo con su maestría habitual; las fuerzas aún estaban equilibradas, el éxito por lo tanto era dudoso: llegó el momento de la cayeleta *di bravura* y..... el arte salió vencedor. Ronconi, alcanzó completo triunfo sobre su rival, debiendo tan señalada victoria no más que á

Biblioteca Nacional de España

FANTASÍA DE FLAUTA.

Biblioteca Nacional de España

LA CANTADORA.

Biblioteca Nacional de España

la educación artística, al trabajo continuado, á la escuela de aquellos tiempos. Verdad que por aquel entonces no tenían los cantantes más voz que una, la voz humana, que necesariamente presentaba muchos registros, consistiendo el talento del artista en aprovechar la instrucción recibida para hacer que estos guardasen entre sí homogeneidad perfecta, emitiendo la voz en los grados todos de la escala, sin contracciones musculares violentas, sin esfuerzos angustiosos, en una palabra, con naturalidad. Hoy ya es otra cosa: los adelantos han cundido de un modo verdaderamente prodigioso, y el cantante moderno tiene voz de cabeza, de medio, ó de pecho entero y sabe Dios las que con el tiempo se habrán de descubrir, que en esto de hallar propiedades nuevas á las cosas que no lo son, pintámonos solos los hombres del siglo XIX.

Al presente es cosa frecuentísima al extremo de constituír por decirlo así el sello distintivo de la moderna escuela (?) de canto, ver á los á ella afiliados que arrancar hacen las notas de lo más profundo *del pecho*, exagerando considerablemente la fuerza del sonido, y como es consecuencia la fiel expresión de los sentimientos. Se atacan los sonidos mediante una serie de violencias que dan como resultado más ó menos próximo la completa pérdida de la dulzura, haciéndose manifiesta prontamente la fatiga del órgano por un temblor excesivamente desagradable que conduce á la completa pérdida de la voz en último término.

JOSÉ DE OLAVE Y ALONSO.

(Se concluirá).

EL RANCHO DE LOS GUISACHES.

Era en un día de abril
y áun no era de día casi,
cuando empezaron el ruído
y el movimiento vitales.
Dentro y fuera de la casa
comenzaron á formarse
grupos de la gente alegre,
que por los cabellos ase
la ocasión de divertirse
á costa agena y con hábil
manejo á la sopa boba,
cual dice el vulgo, *arrimándose*.
La fiesta de la jornada
debía verificarse
en uno de los seis ranchos
en que la hacienda se parte;
porque es propiedad de aquellas
principescas heredades,
el de medir más terreno
que el de nuestras capitales.
Llamábase el rancho al que íbamos
de San Juan de los guisaches,
porque á trechos le sombreaban
de este nombre muchos árboles;
que son allí unos silvestres
pabellones naturales,
que ofrecen sombra á quien cruza
por tan ardientes parajes.
Dios, artífice supremo,
creador incomparable,
tuvo un día para Méjico
el capricho de crearles;
y tienden como abanicos
sus copas horizontales,
como doseles dispuestos
por Dios para el viandante.
La excursión, pues, presentaba
el atractivo de un viaje
de placer, y de ruidosa
romería con carácter.
Todos estábamos prontos,
con espuelas y zarapes
los hombres, y las señoras
con sus rebozos y chales.
Paz, la dueña, mandó abrir
las dos puertas de cristales
que sobre los corredores
que orlan el patio se abren.
Los caballos y los coches
estaban prestos, y un paje
tenía el corcel de Paz
ya de las gradas delante.
Dijo ésta: «Vamos, señores,
á caballo»—y colocándose
en la silla la primera,
tan gallarda como ágil,
esperó á que las señoras
ocuparan los carruajes,
y á caballo los ginetes
de los dos sexos montasen.
Su hermano Luís, que ocupando
del primer coche el pescante,
llevaba en él un manojo
de niñas como unos ángeles,
preguntó: ¿Estamos?—«Estamos»
respondimos todos.—«¡Marchen!»
dijo Paz—y á par los tiros
con un simultáneo arranque
rodaron bajo la bóveda
del pórtico los carruajes,
haciendo, al partir á una,
que el edificio temblase.
Partió Paz; partió tras ella
la revoltosa falanje
de ginetes equipados
con tan pintorescos trajes;
y al galopar de la plaza
sobre el hueco tepetate,
pareció que un terremoto
rugía en sus cavidades.
La cabalgata era inmensa;
los carros iban delante
con la batería y víveres:
las viandas en tompeates,
los dulces en chiquihuites,
y las frutas en guacales,
y los indios en tapeztles
llevando los trastos frágiles.
Todo esto entre polvo envuelto
y el ruído de los cantares
llegó, avalancha viviente,
al rancho de los guisaches:
á cuyo linde esperaban
su indiada y sus habitantes
con cohetería estruendosa
y gritería salvaje:
con que era fuerza en tal punto
para la entrada ordenarse.
Paz, como dueña, debía
recibir sus homenajes,
pasando de juncia y ramos
bajo dos arcos triunfales
y por otras ceremonias,
pruebas allí irrefragables
de que no son ni en república
aquellas razas iguales.

—

El rancho era un delicioso
rincón, un oculto ôasis
en estos Llanos, abiertos
del sur á los vendabales.
Situado entre cinco cerros,
gibosos guardas de un valle,
en el cual vierten los cinco
sus llôvedizos raudales,
su centro es una laguna
en cuya agua fecundante
chapúzanse en todo tiempo
bandadas de patos y ánades;
y en los meses de sequía
fertilizan sus derrames
lomas, cañadas y sotos,
enlamados y feraces.
Al pié del cerro del sur,
la casa y los tinacales
parecen garzas echadas
á la orilla de un estanque:
y al pasar desde los Llanos,
donde la vista á su alcance
no halla objeto ni accidente
atractivo en que posarse,
parece que una hada amiga
nos cambia el clima, y nos abre
este Edén en medio de estos
Llanos incomensurables.
Abrigado de los vientos
polvorosos y secantes,
que zumban sin tregua en ellos
y sin limpiarlos los barren;
mantenido en un buen temple
por una humedad constante,
este rancho es un retiro
siempre verde y saludable.
Por el lado norte, abriéndose
las colinas, dilatarse
puede la vista por largas
tierras y anchos magueyales;
y coto abundate en caza
por sus yerbas abundantes,
ofrece á los cazadores
despojos de toda clase.
Conejos y techalotes
nutridos de los tunares
con el fruto; liebres grises
tan sabrosas como grandes;
perdices de patas rojas,
patos, chochas, gansos y ánsares;
cuanto hay, en fin, de selecto
en cuadrúpedos y en aves,
constantemente ó de paso
producen, crían ó atraen,
pródigos en aquel sitio,
la tierra, el agua y el aire.
Permite, lector de España
(si es que en ella me queda álguien
que lea aún mis descripciones
y cuentos inmensurables)
que á este cuadro, tan deforme
como largo, dé remate
con un pormenor que, siendo
de allí peculiar, no sabes.
La laguna, que una milla
cuadrada tiene de margen,
reflejando en su haz serena
la luz del sol, el paisaje
ilumina allí de un modo
solamente comparable
con la luz que el arte emplea
en los cuadros teatrales;
porque tal es la de Méjico;
dó los lagos de su valle,
su luz devolviendo al cielo,
quiebran los rayos solares
de modo, que no parece
sinó que hay un sol que sale
y alumbra en el cielo, y otro
que bajo las aguas arde.
Doble luz que, recogida
como entre vidrio y cristales,
por su verde cordillera
y sus nevados volcanes,
es la luz más deliciosa
que Dios por la tierra esparce,
y es á la del Paraíso
tal vez la más semejante.

JOSÉ ZORRILLA.

De sus memorias íntimas (inédita.)

EN EL ENSAYO.

(DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE UN POBRE DIABLO.)

Yo no tenía un cuarto; lo cual me sucedía con harta frecuencia en aquella época dichosa, porque la largueza de mi tío el canónigo de Burgos, que me costeaba la carrera, venía á resultar siempre corta para cubrir el déficit originado de mis estudiantiles despilfarros.

Pero, por lo mismo que me hallaba sin dinero, sentía más vivo el deseo de pasar la noche fuera de casa: estaba ya harto de logaritmos, de raíces cuadradas y cúbicas, de senos y cosenos, y se me daba una higa de toda la geometría esférica y de toda la estereotomía.

Además, aquella noche había ensayo en el teatro; *ensayo general*, ensayo *con todo*, como dicen en la jerga de bastidores; y allí estaría la Carmen.

La Carmen era una chica como un lucero, que había nacido en... cualquier punto del mediodía de España, no importa en cual: pero una muchacha con los ojos, con la boca y con el talle de Carmen, no podía nacer más que en la tierra donde el sol cría rosas, jazmines y claveles con la misma profusión que en otras partes humildes y miserables yerbecillas. En esa, en esa tierra es donde se crían las mujeres como Carmen; que así como nuestras flores no necesitan de otros cuidados ni de más cultivo que de los ardientes besos del sol y del regalado oreo de las brisas para brotar y crecer ricas de color y exuberantes de perfume, así también nuestras mujeres nacen y crecen hermosas y apasionadas por naturaleza, sin que, para serlo, necesiten de otro influjo que el vivificante del sol, del cielo y de las brisas que prestan á las flores galanos matices y embriagador aroma.

En otros países, una minutisa, una alejandrina, una violeta ó una dalia, no nacen sinó en un jardín ó en un invernadero, á fuerza de primorosos cuidados; y una Carmen no nace más que en una morada lujosa y de una familia distinguida; pero aquí las flores más preciadas pueden brotar á campo abierto, en cualquier parte; y las muchachas más lindas, de más bríos y de más gracia pueden venir al mundo en el rincón de una vivienda miserable, y de una familia de la ínfima plebe.

Es claro que Carmen no podía haber elegido el lugar de su nacimiento, ni la calidad de su familia; y nació donde y de quien Dios quiso, que fué precisamente en pobrísima cuna, y de padres indigentes y desarrapados.

Acaso otro día os cuenta su historia.

Por hoy baste decir que, deseoso de ver á Carmen me fuí hacia el ensayo.

La *pieza* que se ensayaba valía la pena. Tratábase de estrenar, después de mil tropiezos y contrariedades, una *magia* de primera fuerza.

Había *caballo blanco*, y la *empresa*, es decir el testaferro que aparecía como empresario, iba á echar la casa por la ventana para redondearse al final de la

Biblioteca Nacional de España

temporada, que no había sido todo lo sustanciosa que se creyó al *inaugurarla*, á pesar de lo llamativo de las obras, lo escogido de la compañía y lo barato del abono. Pero, vamos, gracias á la generosa intervención del susodicho protector ó *empresario psitivo*, que no daba el nombre, pero que daba los cuartos, aquello prometía trasformarse en una mina de oro, que ni la de la Mascota.

Por allá andaba el buen señor inundado interiormente de satisfacción, y rebosante de esperanzas, al ver los fastuosos preparativos de aquella prodigiosa *misse en scene*. Verdad es que costaba algo cara; pero, lo que le decía el otro, (el que *daba la cara* y dirigía el tinglado, ó sea el que figuraba en los carteles):

—Hombre, si esto no puede fallar; hay que arriesgar algo; pero, no es arriesgarlo, sinó *adelantarlo*, porque á la vuelta de tres semanas, que serán veinte y un *llenos furiosos*, y tres *llenos* más de las tres funciones de tarde, total veinte y cuatro, nos reembolsamos el capital sin faltar un ochavo, y en el resto de la temporada nos podrimos de dinero. Desengáñese V. D. José, este va á ser nuestro gran golpe. ¡Lástima que no hayamos podido explotar el negociejo desde el principio del ejercicio! El demonio de los autores, y de los pintores, y de los atrecistas, y toda esta chusma, que me tienen frito con sus exigencias y su falta de formalidad! Ya V. ve cuánto tiempo no llevamos perdido en modificaciones, dilaciones y tropiezos de toda clase. Mañana sin falta ha de ir el estreno, y todavía se ha de acabar la gruta del tercer acto, y el practicable de la *apoteosis;* áun no ha traído Ramírez los escudos de las *amazonas*, ni los cascos de *los galos*, y son las nueve y media, y hoy hay que ensayar *con todo*, porque si no se *ajusta* bien, después se anda cojeando en la primera representación. ¡Por vida del demonio... maldita sea mi estampa!... A ver; ¿dónde anda ese imbécil de avisador que no me trae la contestación del zanguango de Ramírez? Y van ya hoy doscientos recados para los dichosos escudos!... Dispénseme V., D. José, que voy...

Y efectivamente: iba disparado de acá para allá, como cohete borrachuelo, llamando al avisador, riñendo de paso al tramoyista, dándole prisa al *maestro* para que se activase la cosa, preguntando por la primera dama, y enterándose de si estaban todas *las chicas*... en fin, hecho un zarandillo.

Porque él era un hombre taravilla, todo nervio y azogue; enjuto, pálido, y marchito de rostro; verdimoreno; con dos ojos saltones, ribeteados de aquel rojo enfermizo que suele originarse del continuado trasnoche, y que brillaban á intervalos con vivacidad fosforescente, y á intervalos se empañaban como soñolientos. Con el cabello en desorden, el sombrero en el cogote, las manos en las faltriqueras del deslucido pantalón, separando las faldoncillos de un *chaquet* abotonado hasta el cuello, y con un perdurable tabaco, sin cesar mascullado y chupado, y siempre sin candela ni humo, D. Rufino Lapa era la vera-efigies del empresario apurado, que en cuerpo y alma se identifica con su teatro; que no respira, ni descansa, ni vive, si no es en medio del triquitraque incesante de la atropellada existencia de bastidores y de contaduría. Aquella cabeza parecía un molino de ideas teatriles, una cernedera de planes y proyectos, una maquinilla de cálculos y un laboratorio de cuentas galanas... que casi siempre solían salirle, al revés de como su fantasía los trazaba.

Con todo su afán de enriquecerse, estaba siempre á la cuarta pregunta; pero hallaba modo y manera de vivir cayendo y levantándose sin cesar: es decir, cayéndose él *por sí mismo*, y levántandose con ayuda de vecinos, á quienes arrastraba en su nueva caída... y vuelta á empezar; que mientras exista y prolifere la raza de los *don Josés*, los *Rufinos* resolverán el problema de vivir de milagro, ser empresarios sin tener una peseta propia, gastar muchas ajenas, ganar cantidades fuertes, volver á perderlas, preparar otra combinación para recuperar con creces lo perdido, y quedarse luego lo mismo que antes y que siempre, y *el socio* ó *los socios* peor que nunca.

Por la ley de los contrastes que acostumbra á juntar en la vida á los hombres, D. José resultaba un tipo de todo en todo divergente del tipo de Rufino.

D. José era hombre machucho, sanote y rollizo, bastante panzudo, y lo parecía más porque su estatura no era de las aventajadas. Sobre corto y carnoso cuello, lucía una cara de luna llena, bonachona y sonriente; y á los ojos chiquitos y alguna vez vivarachos, aunque de un zarco dudoso, les servían de guardapolvo dos cejas peludas y revueltas; exuberancia pilosa que contrastaba con la escasez de cabellos, porque, en efecto, el cráneo de D. José era amelonado y calvo en su frontispicio y en su bóveda, y no conservaba más que en las sienes y en el colodrilo mechones remanentes de una melena que debió de ser rucia ó punto menos en sus mejores tiempos.

Era mi hombre calmoso por temperamento, corto de palabras y no muy largo de alcances; á pesar de lo cual y de su menguadísima instrucción, tuvo el talento que muchos tontos tienen para hacer dinero, no importa al caso el cómo, ni el cuándo. Basta que conste que poseía, por aquel tiempo, caudales suficientes para permitirse el lujo de gastar una buena porción de ellos en satisfacer su raro antojo de meterse en el negocio del teatro, para él completamente desconocido, y por ende él completísimamente inepto para el negocio. Pero tomó á Rufino por su *alter ego pensante*, y aprontó los fondos, confiado en que, manejados por aquel fénix de los empresarios, habían de producirle tanto más cuanto.—Lo que le producían por lo pronto, era la satisfacción de entrar y salir entre bastidores; de verse adulado y obsequiado por toda aquella tribu de actores, actrices, bailarinas, racionistas, partes de por medio, apuntadores y representantes, conserjes y acomodadores, escenógrafos y atrecistas, músicos y sastres y peluqueros, y hasta armeros y pirotécnicos y avisadores. «D. José» por acá; D. José, por allá; D. José arriba; D. José abajo; consultas (aparentes) por un lado; elogios ditirámbicos por el otro; mucho respeto y consideración de mentirijillas; mucho de bailarle el agua y lavarle la cara, cuando convenía; sin dejar de reirse de él, á sus espaldas; y á la postre cada sonsaca, cada primada y cada *sablazo*..... que cantaba el opio.

Mas para D. José todo aquello era media vida y le proporcionaba unas emociones y unos goces y unos hinchamientos de vanidad pavuna que le hacían feliz. Y, pues, su dinero le costaba, no había para que decirle *mal provecho te haga*, sinó *con tu pan te las comas*.

Ya se removía y se agitaba la gente de *las tablas*, disponiéndose á dar comienzo al suspirado ensayo; gracias á las excitaciones, apóstrofes y regaños del incansable Rufino.

El escenario era un hormiguero de artistas, de artesanos, y de aficionados, acompañantes y amigos *de la casa*, entre los cuales había no pocos abonados de los que gustan de perder el tiempo viendo ensayar, y con el tiempo la ilusión del estreno.

No costó poco trabajo y pocas súplicas, y pocos bufidos el lograr que se despejase algo el campo, para dejarlo libre á los que, de oficio, habían de maniobrar en él; y se desperdició un buen rato antes de que se pudiese *probar* la primera decoración.

El escenógrafo colocose en el pasillo del centro, entre la quinta y sexta fila; y desde allí se acercaba ó se alejaba para juzgar de los *efectos* y de *las luces*, ó aproximábase hasta la barandilla de la orquesta, para dar las órdenes oportunas; y áun se encaramaba al escenario, en los momentos culminantes.

D. José se estaba arrinconado en una de las primeras butacas.

El empresario estaba en todas partes, y en ninguna quieto, ni tranquilo ni callado.

Por supuesto que aquello al empezar, era una confusión y un guirigay.

—A ver, señores; afuera todo el mundo. Hagan VV. el favor... ¡Por Dios, que nos va á amanecer aquí!!... ¡Por vida del demonio... maldita sea mi estampa!...

—¿Qué hacéis ahora con este telón?

—¡Méndez!... Que no es ese, hombre, que no es ese!... El de *floresta*.

—¿No está Juancho en los telares?...

—No está; no señor.

—Hombre; le he dicho á V. que no se mueva de arriba!... A ver: el tercero... Ajaaá... ese. Tirar más de la izquierda, que baja torcido. Acompaña esa cuerda Antonio. Así: bueno, basta... basta!!...

—El *recortado* del fondo. Más vivo, hombres, más vivo. Los bastidores de la izquierda.

—Ahí falta un *trasto*... A la derecha; no tan cerca del *foro*.—Ahora mucho ojo con la *mutación* esta. Cuando la música acabe la introducción del baile.

—Preparadas las señoras *del cuerpo*. Ocho aquí... No, VV., VV. tienen la salida por la segunda *caja*. Pero... cuatro, seis. . si faltan dos!! ¿Dónde se meten VV., hijas? Así no vamos á acabar en toda la noche. Oído: una... dos... Ahora. *Entren* VV. ¿Qué hace esa cuarta que no entra? Con el otro pié; le he dicho á V. cien veces que es con el izquierdo!!

¡Qué mareo! ¡Qué barahunda! Y eso que el *maestro de baile* era hombre listo y que lo entendía... Había sido bailarín de *rango francés* en sus verdores, y *al perder las piernas*, con la edad, había ya adquirido tales y tantas aptitudes en el oficio, digo en el arte, que pudo echarse á trabajar, *con la cabeza*, en la dirección de las piernas de los otros. Según decían los admiradores de aquel Terpsícore macho, pocos *coreógrafos* habría que le pudiesen pasar la mano por la cara, porque tenía una inventiva y un repertorio de recursos muy bastantes para *salvar* á cualquier empresario, en aquel linaje de espectáculos.

Y era de ver como se desvivía porque la cosa marchara al pelo, con geométrica exactitud y rítmica precisión; y como empujaba, manoseaba y estrujaba á las figurantas, hasta lograr darles la *justeza* requerida en la inclinación de la testa, en la altura de los brazos, en la oblicuidad del cuerpo, etc., etc.

Un *paso* se repetía diez veces, á pesar de los ensayos anteriores; una decoración se *montaba* ó se *trasformaba*... qué se yo cuántas; y siempre faltaba ó sobraba algo, y dejaba que desear la limpieza de la maniobra.

Las *baterías verdes*, y las *blancas*, y la luz Drumont, daban una guerra atroz al escenógrafo, quien pasaba mil desazones antes de conseguir verlas *templadas* á su gusto; los *accesorios* que faltaban, es claro que hacían mucha falta para poder ajustar los *efectos* de las *figuras* del baile y de los *cuadros finales*.

No sin razón Rufino trinaba contra el atrecista, y seguía disparando al avisador contra Ramírez, con recados conminatorios; y repetía doscientas veces sus «*por vida del demonio, y maldita sea mi estampa*.»

Sudaba D. José, no precisamente de calor.

Las muchachas sudaban también, y estaban reventadas de tanto traqueteo y tanta repetición.

Los actores *de verso* recitaban con una dejadez y con un fastidio que había para dormirse oyéndolos. Por supuesto que se suprimían muchos trozos, sobre todo *parlamentos;* que de nada serviría echarlos enteros en un ensayo así, que, á pesar de ser *general*, quedaba reducido á lo de más interés y compromiso para que el estreno pudiera ir talcualejo.

Era ya más de media noche y áun no estábamos en el acto tercero; y la *magia* tenía cuatro, como cuatro siglos.

Habían ido desfilando muchos abonados y *amateurs*. Quedábamos sólo aquellos *íntimos* directamente interesados en el éxito del espectáculo, ó fervientemente devotos de las artistas.

Y á todo esto, ¿dónde estaba Carmen?

Pues, allí; bizarramente vestida de amazona, entre las que aquella noche andaban á medio armar, gracias á la morosidad de Ramírez, que me las había dejado sin escudos.

La Chata, la inseparable compañera de Carmen, hacía una *ninfa* muy salada, á quien enganchaban con un mosquetón, por la cinta, y colgada de un alambre, entraba en escena, como si volase, por el segundo bastidor derecha, para ir á caer en medio de un corro de *pastores* que no tenían de tales más que la apariencia, porque eran muchachas en hábito masculino, con sus pellicos y todo.

Y también hallé á mi grande amigo Miguel, otro estudiante tan aprovechado como yo. Y pululaban, porque no podían faltar, entre el bello sexo coreográfico, ó al retortero de dicho bello sexo, unos cuantos pollos, y galli-pollos, y pavos, de diferentes categorías y de variadas cataduras.

El vizcondito del Lirio, el conde de la Empanada, el barón de Tembleque, el rentista don Trifón, el banquero don Lesmes, y otros y otros más de los *inevitables* y de los *irresistibles*; amén de alguna gente menuda y oscura, pero aficionadísima á corretear por los escenarios á la husma de aventurillas. Y no hablo de redactores y gacetilleros de una docena de periódicos y de periodiquines, porque de esos tales ya es sabido que han de hallarse en todas partes y á cualquier hora.

Algún descanso había que conceder á los artistas si habían de conservar fuerzas para apechugar con el resto del ensayo. La opinión dominante se acentuó en aquel sentido, y áun se manifestó explícitamente, en forma de variadas solicitudes y reclamaciones.

Y además del descanso, no les habría venido mal un prosáico tentenpié á la mayor parte de aquellas *hadas*, *amazonas*, *sílfides* y *divinidades* de pega.

Unas cuantas muchachas, de las más pizpiretas y traviesas, tomaron por su cuenta á don José; y al cabo le engatusaron y arrancáronle la concesión de importantes municiones de boca.

El conde de la Empanada y el barón de Tembleque tenían también sus grupos de amigas dispuestas á comérselos vivos, si no se apresurasen á obsequiarlas con cualquier golosina.

Corrió el infeliz avisador con el encargo ó con los

Biblioteca Nacional de España

encargos, y á vuelta de algunos viajes y trascurrido poco rato, ya andaban por allí tres ó cuatro camareros del café-restaurant de la esquina, portadores de jamón dulce, *sandwiches*, pastelillos, dulces y otros comestibles, con su correspondiente acompañamiento de bebestibles embotellados.

Aquello se animó; y el sexo débil competía con el fuerte en lo de lucir su humor desenfadado y su buen diente. Ya se ve: no hay cosa como el ejercicio para despertar el apetito, ni nada como el vino y las chicas desenvueltas para alegrar la conversación y avivar la chacota.

Media docena de italianas, gente nueva en aquella temporada, llegadas poco había con otras más para reforzar el cuerpo de baile, me traían mareado al vizconde del Lirio, que ya era de suyo medio memo. Y no se contentaban con hacer presa en aquel calaverilla en agraz, sinó que extendían cuanto les era posible sus ambiciosas miras de conquista, como era muy natural. Natural era también que las *indígenas* comenzasen á ver con malos ojos semejante invasión de territorio, y á sentirse de que los aficionados habituales se distrajesen más de lo justo, atraídos por la novedad, y hasta por lo dulce y meloso del habla de las orillas del Arno.

A ser posible taquigrafiar las cien conversaciones que se entrecruzaban, salpicadas de donaires, chistes de mejor ó peor ley, alusiones picantes, chafalditas y chilindrinas de todo color, pardiez que se formaría un mosáico por demás curioso y entretenido. Pero se hacía tarde, y ya Rufino y los *maestros* volvían á bregar para poner punto al intermedio y recomenzar la tarea.

Prolongose esta hasta más allá de la madrugada; y no se acabó el ensayo porque ya no hubiese que ensayar, sinó porque, literalmente, los artistas ya no podían con su alma.

Ya era hora de que cada mochuelo se fuese á su olivo. Miguel y yo acompañamos á la Carmen y á la Chata. El airecillo helado que corría por las calles de la coronada villa, convidaba á embozarse bien y á andar deprisita en busca del domicilio y en demanda del descanso tan necesario á gentes que habían trasnochado y que volverían á trasnochar antes de mucho: esto habría sido lo regular. Pero precisamente porque lo era, no habíamos de hacerlo nosotros, acostumbrados como estábamos entonces á vivir de la manera más irregular posible.

¡Cuánto diera ahora por poder recuperar las muchas noches y los muchos días mal perdidos y peor empleados en mi mocedad, que á la postre me acarrearon la pérdida de varias asignaturas de mi carrera, de aquella carrera que se hizo interminable y agotó la paciencia y el bolsillo de mi buen tío el canónigo de Burgos!!!

Por la copia,

E. BERTRÁN.

NOTICIAS.

Desde nuestro último número ningún estreno de obras lírico-dramáticas ha tenido lugar en los teatros de esta capital, por lo que hemos de abstenernos de la Revista especial de teatros.

El domingo próximo pasado tuvimos el gusto de oír en casa del Sr. de Vilaró á su simpática hija D.ª Dolores, que cantó varias piezas musicales de su extenso repertorio con afinación suma y expresión nada común.

En el magnífico salón de exposiciones de Casa Parés se han dado tres veladas artísticas, cuyos productos han servido para repartirse entre las casas de beneficencia. El noble motivo de estas veladas y los artistas reputados que tomaron parte en las mismas fué estímulo suficiente para que se llenara dicho salón de una selecta concurrencia.

CANCIÓN DE AÑO NUEVO.

Han concluido por esta temporada las «Tardes musicales» con que el Sr. Coscojuela obsequiaba á la numerosa y escogida reunión que llenaba cada día festivo los salones de dicho señor, quien entusiasta por el arte no perdonaba medio de dar variedad á sus selectos conciertos. Con la cooperación de los distinguidos artistas señores Ballvé, Cuspinera, Pujol, Trullás, Clariana, Ferro, Parera, Puig y Regincos; con la de las Srtas. Alguacil, Agreda, Borrás, Castelaro, Coscojuela, Vilaró, Viñas y otros y otras que sentimos no recordar, discurrían las horas agradablemente para los que tenían la honra de asistir á tan brillantes reuniones, que las hacían si cabe más gratas la amabilidad con que los señores de Coscojuela hacían los honores de la casa.

En los salones de D. Valentín de Haas, editor musical de esta, se ha dado un concierto en el que tomó parte el distinguido guitarrista Sr. Tárrega y otros conocidos artistas. Sentimos no poder reseñar dicho concierto, pues no fuímos invitados.

El maestro Ch. Gounod ha escrito recientemente una misa que está á la altura de las celebradas obras de este autor, la cual dirigió por sí mismo el 15 del corriente en la iglesia de S. Eustaquio de París. Estaban bajo su dirección las orquestas de muchas iglesias con sus respectivos maestros de capilla.

Nuestro compatriota, el reputado tenor Gayarre, obtuvo una completa ovación en el desempeño de la ópera *Lucrezzia Borgia* en el Teatro Italiano de París. Otra compatriota nuestra también, la Carolina Cepeda, compartió aquella noche los lauros alcanzados por el citado tenor. No entraremos á discutir si el entusiasmo que obtuvo Gayarre es justo ó exagerado; no seguiremos en este terreno á algún periódico que quiere aquilatar el mérito de nuestro compatriota, como tampoco entraremos á contender con las Revistas de París, que afrancesan al célebre tenor porque nació cerca de su frontera. Creemos que el entusiasmo que supo dispertar Gayarre entre los parisienses fué justo, porque, por más que podríamos decir que su voz es algo gutural, la igualdad de la misma, su fácil emisión áun en las notas más agudas que sostiene y *fila* como nadie, hace de él un tenor que obtendrá siempre merecidos aplausos allí donde se presente.

Nuestro distinguido colaborador Mr. Comettant, se ha encargado de escribir en forma de carta una revista musical extranjera que publicaremos mensualmente y que firmará desde París.

En igual forma está encargado de la nacional nuestro querido colaborador y crítico musical, D. Antonio Peña y Goñi.

PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Han visitado nuestra redacción los siguientes periódicos:

El Comercio Ibérico (Madrid), *La Provincia Gaditana* (Cádiz), *El Popular* (Madrid), *Córdoba Ilustrada* (Córdoba), *El Anunciador* (Coruña), *El Magisterio Extremeño* (Badajoz), *El Sol de Castro* (Castro-Urdiales), *Diario de Reus*, *Revista de Almendralejo*, *El Noticiero de Sans*, *Correo de Andalucía* (Málaga), *Las Noticias* (Málaga), *El Anunciador Universal* (Sevilla), *El Libredón* (Santiago), *Crónica de Cádiz y su provincia*, *La Locomotora* (Béjar), *Las Noticias* (Coruña), *El Avisador numantino* (Soria), *La Violeta* (París), *L'Europe artiste* (París), *El Estandarte* (Madrid), *La Crónica de Luarca*, *El Eco de Badalona*, *El Montsacopa* (Olot), *El Harense* (Haro), *El Liberal* (Menorca), *El Avisador de Badajoz*, *El Demócrata* (Gerona), *La Academia* (Cádiz), *El Buen Sentido* (Lérida), *La Correspondence Parisienne* (París), *La Lira* (León), y *El Noticiero* (Murcia).

Ensayo crítico analítico sobre *La Gioconda*, ópera de A. Ponchielli.—Escrito por Armónicus. Madrid, 1884. Precio: 50 céntimos de peseta.

Este folleto es una detallada crítica exponiendo con verdadero fundamento de causa las bellezas y defectos que la citada obra encierra, que supone en su autor vastos conocimientos musicales y profundo estudio de la obra del Maestro Ponchielli.

Barcelona: Imprenta de Luís Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.
Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Biblioteca Nacional de España